

La novela aumentada. Para una realidad del siglo 21

ANTONIO J. GIL

La novela española, como en *Los muertos* de Amenábar, es un fantasma del siglo XX que no sabe que ha muerto y sigue esperando eternamente el regreso de un amante-lector igualmente desaparecido. Por eso me gusta la provocativa imagen que utiliza Vicente Luis Mora en *La luz nueva* para comparar la situación de estancamiento en la que según él se encuentra la novela española de comienzos del siglo XXI con la película *Good Bye Lenin!*, en la que un adolescente berlinés idea todo tipo de estratagemas para que su madre, postrada en su lecho de enferma, no se entere de la caída del Muro de Berlín y su vida pueda proseguir como había sido en el Este durante décadas. Me dio que pensar su idea de que a la novela española de las últimas décadas no había llegado la televisión. ¡La televisión!, no Internet o las nuevas tecnologías, sino la ya casi arcaica televisión pergeñada en 1886, creada en los años treinta y generalizada en España al menos desde los años setenta. Mi novelista de cabecera del siglo XX es Gonzalo Torrente Ballester —quien se hizo popular en los ochenta precisamente gracias al éxito televisivo de *Los gozos y las sombras*— y, en efecto, un extraterrestre o un historiador de la cultura que estudiase el siglo XX a partir de sus obras reconstruiría una realidad donde este medio sería del todo inexistente. En su novela *mayor*, *La saga/fuga de J. B.*, de 1972, existe la radio (mencionada en 8 ocasiones), el telegrama (8), el teléfono (5), el cine (2) y sobre todo los periódicos (58), pero el *medio* de masas por antonomasia desde la década anterior no aparece citado una sola vez. Claro que la realidad de la posguerra en la que se ambienta es anterior a la televisión, pero apuesto que los resultados no serían muy diferentes si hiciésemos lo propio en sus obras de los ochenta y noventa, y, por extensión, en la mayor parte de la novelística consagrada a partir de esa fecha.

Nocilla Lab, la novela del también coruñés Agustín Fernández Mallo, se publica en 2009, a una distancia relativa con respecto a la generalización de Internet y las nuevas tecnologías digitales, similar a la que podría mantener la novela de Torrente en relación con la televisión y los *mass media* tradicionales. ¿Sería concebible, que,



en esta, cuya relación con la ciencia y las nuevas tecnologías se ha convertido ya en un tópico historiográfico, no se mencionase Internet? Pues casi (2), aunque hayamos de añadir su variante «web» en otras tantas ocasiones. Sin embargo, es la televisión el medio cuya presencia se impone rotundamente (39, si añadimos sus variantes «tele» y «tv», frente a las menciones a la radio (3) y el cine (4)). Conclusiones provisionales de esta sesgada estadística metonímica: donde otros ven la omnipresencia de la narrativa de la era Internet deberíamos antes ver la de los referentes de la cultura audiovisual y pop en los que se formaron las generaciones del *baby boom*. Que asoma lo digital como paradigma cultural emergente. Que entre el mundo de *La saga* y el de *Nocilla* (el título no podría ser más elocuente del trasunto de un inédito *pop-art* literario hispánico, como tampoco del menos asequible intertexto del primer EP de Sinistro Total) siguen existiendo importantes continuidades culturales: la radio y el cine al menos, así como, tal vez convenga tenerlo muy presente, la propia literatura y la misma *novela*, más presente incluso en las escasas doscientas páginas del texto de A.F.M. (13) que en las *torrenciales* ochocientas del de G.T.B. (9).

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Sobre el tránsito, tal vez similar en trascendencia, entre la novela decimonónica y la renovación de la novelística del siglo XX escribía Darío Villanueva que no se trató de una derogación del realismo, sino de su extensión a una realidad aumentada por la comprensión que habíamos adquirido de la misma a partir del pensamiento de Freud, Marx o Einstein. En este sentido, un realismo para una novela del siglo XXI tendría que añadir (al menos) la teoría de la comunicación de McLuhan (el *medio* es el mensaje) y su generalización posmoderna por Lyotard (la realidad es un simulacro). Y desde luego, la constitución efectiva de la *aldea global* a partir de la galaxia que ha venido a sustituir a las de Gutenberg (la cultura impresa) y McLuhan (la de los *media* audiovisuales): la de Gates (o Jobs, según los gustos), la *galaxia internet* (Castells) y su epítome económico y socio-cultural, la *globalización*. Me parece evidente que la inmediata notoriedad mediática y la

El autor sale de su torre de marfil, su habitación en la buhardilla o se baja del estrado académico para subirse a la pista convertido en un DJ renacentista

no menos rápida fortuna y consagración literaria de las *¿novelas?* de Agustín Fernández Mallo se derivan de su capacidad para sintonizar con esa *realidad aumentada y globalizada* de nuestro tiempo:

Una (post)novela que integra (sampea) no sin una buena dosis de ingenuidad y humor naíf las propuestas de la vanguardia, el arte conceptual, el *pop-art*, el situacionismo, la psicogeografía, con las tendencias y subculturas *indie*, el *trash*, el *afterpop*, el posmodernismo norteamericano con el cine de autor y el *no lugar* de la antropología augeriana con la geolocalización y *Google Maps*. El autor sale de su torre de marfil, su habitación

digital (*El proyecto Nocilla: la película*), los hibrida con la fotografía o el cómic en el interior mismo del libro (sus fotomontajes y esa nueva forma de *novela gráfica* que supone la secuencia final de la obra, dibujada por Pere Joan); y permite fantasear con una futura (pos)novela que incluya su propia banda sonora (tal vez musicada por Frida Laponia, el grupo que encarna la aventura musical de este escritor *nocillesco-davinchesco*).

Frente a esa (proto)novela futura, *transmedia* y *multimedia*, cuya historia secreta se lleva escribiendo desde la década pasada por autores como Fernández Mallo, Jordi Carrión o Mercedes Díaz Villarías, la edición conjunta de *Nocilla Dream* (Candaya, 2006), *Nocilla Experience* (Alfaguara, 2008) y *Nocilla Lab* (Alfaguara, 2009) que ahora presenta Alfaguara reunidas en un solo volumen, tiene las virtudes de facilitar el acceso de nuevos lectores a la trilogía y de añadir el breve pero sugerente ensayo final de Julio Ortega, uno de los más reconocidos hispanistas americanos, promotor de los *estudios trasatlánticos* y crítico muy sensible a las últimas derivas de la narrativa peninsular —no olvidemos que, junto con Juan

Francisco Ferré, fue asimismo el antólogo de *Mutantes. Narrativa española de última generación* (Berenice, 2007)—; pero es también, en cierto sentido,

una edición incompleta que no hace justicia al proyecto de *novela total* que en su fase de *work in progress* se anunciaba como un *laboratorio* narrativo. En este sentido mi *edición crítica* ideal habría de concretarse en una edición electrónica enriquecida que incluyese al menos *La película* (ahora solo accesible en el blog del autor *El hombre que salió de la tarta*) y seguramente como extras o *bonus tracks* adicionales, grabaciones de los *spoken word* y la versión en novela gráfica de *Nocilla Experience*, escrita (dibujada) de nuevo con Pere Joan.

Primer paso, pues, de una *novela aumentada* (y nunca mejor dicho que en este caso, en lo que tiene de reunión de los tres volúmenes) para una *realidad aumentada* hecha ya plenamente de la superposición de lo virtual

sobre lo real, de las gafas de Google sobre el viejo espejo de Stendhal, pero llamada todavía a aumentarse, rehaciéndose a medida que se expanda, tal vez *mute* aún en otros *medios* y se reedite en el futuro. ■

Agustín Fernández Mallo
Proyecto Nocilla
Alfaguara, 2013,
576 pp., 21,50 €

